

## LA POLITICA INTERNACIONAL EN LOS MESES DE JULIO Y AGOSTO DE 1959

### EL FINAL DE LA CONFERENCIA DE GINEBRA.

Finalizábamos en nuestra Crónica anterior el comentario de la primera parte de la Conferencia ginebrina diciendo que «lo que se puede afirmar como ciertísimo es que la presencia y consiguiente reconocimiento «de facto» de la Alemania de Pankow se ha reforzado con el último episodio ginebrino».

La segunda parte de la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores ha confirmado esto. Desechado el planteamiento global de la cuestión alemana, al reanudarse las negociaciones el 13 de julio parecía que éstas habían de centrarse en un objetivo más limitado, esto es, llegar a un acuerdo mínimo de base sobre el estatuto de Berlín. Pero la diplomacia soviética orientó pronto la Conferencia hacia un punto muerto, al exigir la constitución de un comité compuesto por representantes de las dos Alemanias en situación de paridad, cuya misión sería preparar, en el término de 18 meses, la forma de llevar a cabo la reunificación y resolver las cuestiones relativas a la conclusión de un tratado de paz.

Resulta demasiado evidente que los occidentales no podían de ninguna manera aceptar la propuesta formulada por Gromiko. La primera reserva que ante esta iniciativa se podía hacer era la de que por largo que parezca el plazo de 18 meses, no se podía asegurar que en ese tiempo el comité pangermano llevaría a término la tarea que se le asignaba, antes al contrario todo inducía a pensar en la imposibilidad de consumar un acuerdo de esta naturaleza entre Bonn y Pankow. Si esto fuese así, ¿qué ocurriría y qué se proponía entonces Moscú? Sobre esta importante cuestión nada acertó a decir en concreto el Ministro soviético. Ni nada tenía que decir, en verdad, pues sólo se trataba de poner a los occidentales ante una trampa que permitiese dar un paso más, y muy importante, en el reconocimiento del Gobierno popular alemán y de poner en situación difícil al canciller Adenauer frente a sus aliados occidentales. En su conferencia de prensa del día 15 de julio, el Presidente Eisenhower salía al paso de la maniobra diplomática soviética declarando explícitamente que los EE. UU. no tenían ninguna intención de reconocer al Gobierno satélite de la Alemania comunista, al tiempo que se expresaba de manera pesimista sobre las posibilidades que la Conferencia de Ministros ofrecía al reanudar sus trabajos.

Parece innecesario repetir que para Moscú todo el juego de su política descansa en prolongar indefinidamente la división de Alemania, consciente de que de este modo es seguro que la reunificación no podrá nunca realizarse según quieren los occidentales y, en cambio, la aproximación de las dos Alemanias tenderá a lograrse con un movimiento hacia el Oeste. Para desplegar esta política, la U. R. S. S. dispone de una base segura: la presencia de la Alemania democrática, que siempre la posibilita para amenazar con la conclusión de un tratado de paz separado con Pankow. Desde esta base Moscú puede encastillarse en sus posiciones y rechazar las contrapropuestas occidentales una y otra vez, con rigidez que acentúa la inclinación hacia las concesiones que desde hace meses es bien visible en el lado occidental.

El día 20 de julio Herter presentó una contrapropuesta que en síntesis era la

siguiente: la conferencia de Ministros se constituiría en órgano permanente según su composición presente para, con la asistencia de los representantes de las dos Alemanias, acometer en un ininterrumpido esfuerzo el examen del problema alemán en su conjunto (reunificación y conclusión de un tratado de paz) y facilitar de este modo los contactos directos entre los representantes de las dos Alemanias.

Esta contrapropuesta, que venía a ser eco de aquella otra de Adenauer que patrocinaba la creación de un comité de las cuatro potencias ocupantes junto al que funcionaría un subcomité de técnicos de ambos lados de Alemania, se pensaba que podría salvar el doble peligro de un implícito reconocimiento «de facto» del Gobierno de Pankow y de asentir, siquiera fuese de manera indirecta, a la tradicional tesis soviética de que la reunificación alemana es algo de competencia exclusiva de los alemanes, y asegurar en cambio el control de las grandes potencias sobre el desarrollo del problema. Por lo mismo mereció ser rechazada automáticamente por Gromiko.

Lo curioso del caso es que si la Conferencia de Ministros ha servido para poner de manifiesto, tanto en las sesiones plenarias como en las reuniones «confidenciales», lo irreconciliable de las posiciones en presencia, ha permitido demostrar claramente también que, por una parte y por otra, se trataba de evitar el término brusco de las negociaciones con un reconocimiento de su fracaso. Ha habido siempre un esfuerzo por los dos lados de salvar las apariencias, sin duda porque de proceder de otro modo existe el riesgo de cortar el camino que ha de conducir a la conferencia cumbre, objetivo reconocido de Kruschew. De aquí que Gromiko hiciera alguna concesión al aceptar en su intervención del día 23 que, aunque su Gobierno seguía considerando vinculada la creación del comité pangermano a la discusión del estatuto del Berlín-Oeste, podían ambas cuestiones ser iniciadas paralelamente. Por el lado occidental, Selwyn Lloyd se esforzaba por romper el *impass* con el ánimo de obtener un progreso mínimo que impidiera a los Estados Unidos insistir en su negativa de ir a la conferencia de alto nivel en tanto no se viera posibilidad de diálogo. Pero como las propuestas y contrapropuestas eran rechazadas de plano, las pretendidas concesiones permitidas por estas singulares negociaciones nunca podían afectar el fondo de los problemas, manteniéndose únicamente en los superficiales límites del procedimiento. Así, la conferencia finalizó sin pena ni gloria. El 5 de agosto se hacía público el comunicado final en el que después de decirse que los participantes habían examinado las cuestiones referentes a Alemania, precisando sus respectivas posiciones, se formulaba más el deseo que la esperanza de que las discusiones serían útiles para negociaciones posteriores, de las que el lugar y la fecha serían fijados por vía diplomática.

#### CONTACTO DIRECTO ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA U. R. S. S.

Durante todo el pasado año la Unión Soviética insistió en la conveniencia de que fuese celebrada una conferencia cumbre. Los Estados Unidos respondieron siempre manifestando su reserva ante una reunión de ese tipo, en tanto no fuera debidamente preparada para evitar que un fracaso empeorara de manera definitiva la situación internacional. El ultimatum soviético sobre Berlín del 27 de noviembre precipitó las cosas y, luego de los forcejeos que quedaron relatados en anteriores crónicas, los Ministros de Asuntos Exteriores se reunieron en Ginebra para, teóricamente al menos, roturar el camino que conduciría a una conferencia de nivel superior. El desarrollo de las negociaciones, como queda expuesto, no ha permitido encontrar una base común de diálogo. El camino, pues, hacía la conferencia cumbre, aparecía cortado.

Pero sería difícil decir quién está más interesado, si Washington o Moscú, en evitar una situación de ruptura definitiva. Y así, a medida que las negociaciones ministeriales entraban en barrena en el curso de su segunda parte, fué tomando cuerpo el propósito de un contacto directo entre Eisenhower y Kruschew como cabezas de los dos bandos en que se divide el mundo.

Un pretexto oportuno ha sido la organización, con escasas semanas de diferencia, de la gran Exposición soviética en Nueva York y de otra no menos grande Exposición norteamericana en Moscú. Para asistir a la apertura de la primera se trasladó a los

Estados Unidos el viceprimer Ministro de la U. R. S. S., Frol Kozlov, quien, además, debía realizar una visita a la Unión por espacio de 15 días. Después de la visita de Mikoyan en el pasado enero, ésta de Kozlov tenía un significado muy especial. Se trataba de dar prestancia a la inauguración de una gran exhibición soviética organizada en cumplimiento de los Acuerdos firmados el 27 de enero de 1958 entre los dos países para impulsar el desarrollo de los intercambios culturales y económicos. En medio de unas circunstancias políticas, particularmente difíciles, estos intercambios se presentaban como un factor no despreciable de descongelación. Kozlov cuidó de destacar la misión de paz que le llevaba hasta América. La acogida de las autoridades norteamericanas fué cortés y hasta quiso ser amigable. Pero en el curso de las conversaciones celebradas con Eisenhower, con Herter y con diferentes jefes del Senado, se vió que por una parte y por otra la rigidez de las opuestas posiciones no era afectada por las buenas palabras ocasionales. Incluso en el aspecto de los intercambios comerciales, muy directamente conectado con la presencia de Kuzlov en la Unión, la reserva norteamericana fué explícita en su comunicado del Departamento de Estado, en el que se declaraba que toda mejora en ese orden dependía de una mejora de la situación internacional.

Ya tocando a su fin las inútiles negociaciones de Ginebra, cuando el pesimismo era general, la correlativa visita del vicepresidente Nixon a Moscú retuvo la atención mundial. En primer lugar, esa expectación traicionaba el deseo de que la presencia de Nixon en Moscú, su diálogo directo con Krushev, tuviera una repercusión sustancial en la tensión internacional. En segundo lugar, el viaje de Nixon era, en sí mismo, una experiencia singular suficiente para ser mirada como una caja de sorpresas. La personalidad de los dos hombres que se iban a encontrar en Moscú prometía algunas derivaciones al pintoresquismo. En efecto, la prensa, la radio y la televisión divulgaron unos diálogos y unas actitudes que a lo anecdótico sumaban un valor de grave enseñanza: la oposición y la distancia de los dos mundos que aquellos hombres representaban. Para Nixon fué, sin duda, una dura prueba, salvada ciertamente con garbo, y que ha contribuído en mucho a elevar su prestigio ante la opinión de su país. Desde la Unión Soviética pasó a Polonia y la simpatía e interés con que aquí fué acogido contrastó con la frialdad con que inicialmente fué recibido en Moscú.

Pero lo que nos interesa retener es que allí, en la capital soviética, fué ultimado el histórico canje de visitas entre los dos hombres del momento: Eisenhower y Krushev.

Las informaciones, tan interesantes, publicadas por Harriman, ex embajador de los Estados Unidos en la U. R. S. S. en la época de Stalin, acerca de sus conversaciones con Krushev habían producido una impresión de pesimismo al revelar los términos duros en que el jefe del Gobierno soviético había atacado a Norteamérica y a los occidentales. Pero Harriman expresó su opinión de que por parte occidental debía aprovecharse cualquier ocasión que permitiese la negociación directa con quien tenía en sus manos la responsabilidad entera de la política de Moscú; por ello no dudaba en preconizar que se celebrase ese diálogo con el dictador moscovita y además que tuviera como escenario los Estados Unidos, puesto que tan poco sabía Krushev de este país.

Aproximadamente un mes después, estando ya Nixon en Moscú, la prensa norteamericana publicó un discurso de Krushev en el que el tono moderado y conciliador era la nota destacada. Krushev se mostraba partidario, para garantizar la paz del mundo, de que éste se confiara al mando conjunto de las dos grandes superpotencias. Al día siguiente, el 31 de julio, el grupo de gobernadores que había realizado una amplia visita a la Unión Soviética, y ante quienes el jefe del Gobierno soviético se había expresado el 8 del mismo mes en términos pacíficos, sobre todo para con los Estados Unidos, e incluso formulado su deseo de visitarlos un día, recomendaron al Presidente Eisenhower que Krushev fuese invitado a conocer los Estados Unidos lo más pronto posible, correspondiendo el propio Presidente con otra visita similar a la U. R. S. S. Los gobernadores esperaban mucho de la influencia benéfica que sobre la presente situación internacional ejercía tal intercambio de visitas.

La presencia de Nixon en Moscú debía necesariamente corroborar esta tendencia

o descalificarla en absoluto. Pero frases del vicepresidente norteamericano, sobre todo las contenidas en su alocución del 1 de agosto ante los micrófonos de Radio Moscú, vendrían a corroborar que las visitas proyectadas se hacían realidad.

Dos días después, el 3 de agosto, se anunciaba simultáneamente en Moscú y en Washington que el Presidente Eisenhower había invitado a Kruschev a visitar los Estados Unidos, y que Kruschev había correspondido con una invitación similar al Presidente Eisenhower.

Era natural que un hecho de esta trascendencia suscitara reacciones encontradas. De un lado, las pesimistas, sobre todo los partidarios de la diplomacia tradicional, que negaban toda posibilidad de éxito a un diálogo directo entre los máximos responsables de dos Estados cuyas posiciones opuestas habían sido repetidamente expuestas en una larga serie de conferencias, de la que la reciente de Ginebra no era la menos expresiva. Añádase a esto el fácil reproche de que la invitación del presidente republicano miraba a un objetivo de política electoral al presentarse como el defensor de las medidas extremas en defensa de la paz, y el temor, muy fundamentado, de que Kruschev utilizaría la visita, por él tan deseada, para afirmar su prestigio en el mundo comunista.

En el extremo opuesto, aquellos que veían en la nueva fase de la política norteamericana el abandono definitivo de las tesis del desaparecido Foster Dulles, nuevo planteamiento de las relaciones entre Este-Oeste, llamado a favorecer el mutuo reconocimiento y por ende la disminución de la tensión mundial.

Frente a sus aliados, el Presidente Eisenhower venía, en todo caso, a encontrarse en una situación delicada. Si la iniciativa de la diplomacia norteamericana podía disminuir el pesimismo emanado de Ginebra, también es cierto que podía alimentar los temores, sentidos no ahora por primera vez, de lo que pudiera generar una nueva fase de la situación mundial caracterizada por el entendimiento de los dos poderosos. El Presidente Eisenhower quiso precisar, al anunciar su invitación al jefe del Gobierno soviético, que no se constituía en portavoz del Occidente, limitándose a su papel de representante del Gobierno norteamericano. Pero este diálogo «a dos» y las circunstancias que lo determinaban parecía revestir la forma de una conferencia cumbre *ersatz*, mero sustitutivo de la otra conferencia propugnada por Moscú y a la que el Presidente norteamericano, después de lo ocurrido en Ginebra, no podía asentir sin incurrir en grave inconsecuencia con las condiciones exigidas con tesón ante sus aliados. No era posible que en los necesariamente breves encuentros con Kruschev fueran a eliminarse las diferencias de todos sabidas, pero era igualmente evidente que en esas conversaciones habían de tratar de aquellos problemas que afectaban plenamente al resto de los países que con los Estados Unidos integran el grupo opuesto a la Unión Soviética.

El anuncio de que Eisenhower se trasladaría a Europa para tener un intercambio de puntos de vista con los Gobiernos de Londres, París y Bonn previo a sus conversaciones con el jefe del Gobierno soviético, produjo una general satisfacción. Con arreglo al primer programa el Presidente norteamericano llegaría a Londres el 28 de agosto, para trasladarse luego a París el 2 de septiembre. Pocos días después se notificaba simultáneamente en Washington y Bonn que Eisenhower se encontraría con el canciller Adenauer en esta segunda ciudad el 27 de agosto y que durante su estancia en Londres y París conversaría con personalidades políticas de otros países. Todavía el 18 de agosto se hizo saber una segunda modificación en el plan de viaje presidencial: la llegada a Bonn sería el 26 en atención a la escasez de tiempo en que tendría que desarrollar sus conversaciones políticas.

Como quiera que el viaje de Eisenhower a Europa requiere una interpretación global y parte de sus conversaciones tendrá lugar en septiembre, reservamos nuestro comentario de conjunto para la crónica inmediata. Nos limitaremos aquí a hacer algunas observaciones sobre la presencia del Presidente de los Estados Unidos en Bonn y Londres.

La preferencia concedida a la entrevista con el canciller federal es claramente significativa. Si se puede hablar de temor o recelo entre los aliados europeos, en ningún país con mayor motivo que en Alemania. De una parte porque la tensión internacional está producida en un tanto por ciento considerable por problemas que son ante todo cuestiones alemanas. Ginebra fué escenario de unas conversaciones centradas en la

disputa sobre Berlín y en el planteamiento de la cuestión alemana en su conjunto. Adenauer es el representante de la posición rígida, continuador de la conocida postura vinculada al nombre de Dulles, y por ello ha sido blanco preferido de los ataques soviéticos y aun ha sufrido de un cierto aislamiento en el sector occidental, como ya hemos comentado en ocasiones anteriores. Nada más natural que existiese por parte alemana en general, y por el canciller en particular, necesidad de saber de labios del propio Presidente que su conversación con Kruschew no determinaría un acuerdo directo soviético-norteamericano sobre Alemania. El comunicado facilitado el día 27, como es habitual en estos documentos, es inexpresivo por su brevedad y generalización, pero en todo caso representa un compromiso para el Presidente al asegurar la invariabilidad del común punto de vista en cuanto a la reunificación, la seguridad europea y la garantía del *statu quo* berlinés.

A diferencia del alemán, el Gobierno de la Gran Bretaña era el único de los aliados europeos que veía sin recelo el proyecto de conversaciones directas entre Eisenhower y Kruschew, las cuales encajaban perfectamente dentro de la línea distensiva de la política de Londres. Por lo demás el Gobierno de la Gran Bretaña había mostrado abiertamente desde hacía tiempo su inclinación a ver en los contactos directos una vía eficaz para resolver o aliviar los problemas planteados. Recuérdese, a este respecto, el viaje exploratorio de Macmillan a Moscú, suscitador también de abundantes recelos en Bonn y París. La llegada de Eisenhower a Londres fué correspondida con una acogida calurosa. El Presidente celebró extensas conferencias con Macmillan y se trasladó a Balmoral para saludar a la reina Isabel.

Pero permítasenos destacar aquí que la capital británica fué también escenario de otra entrevista cuya importancia resalta por sí sola. Nos referimos a la conversación sostenida por el Presidente norteamericano con el Ministro español de Asuntos Exteriores, señor Castiella.

Que Eisenhower quisiera recibir también al Ministro de Asuntos Exteriores de España en el curso de su rápido viaje a Europa para preparar sus históricas conversaciones con Kruschew, es un hecho sobradamente importante, pero sorprendente en verdad. La proyección internacional de España es hoy real y progresiva. Se trata de un hecho evidente, que en nada puede variar «la opinión de los irritados» como dijo en el aeropuerto londinense nuestro Ministro. Quien, por lo demás, recordó muy oportunamente que también «en cierta ocasión Mr. Dulles, después de una reunión internacional borrascosa, se desvió a Madrid en su regreso a Washington, a pesar de su cansancio, para informar extensamente al jefe del Estado español y subrayar sus puntos de vista».

A la hora en que la solidaridad occidental es más necesaria que nunca, la presencia de España en el primer plano de la actualidad internacional no sólo es necesario sino también confortadora, porque es clara manifestación de que el tiempo subsana deficiencias y rectifica criterios que a nadie interesaba tanto subsanar o rectificar como a los propios países occidentales. Esto no quiere decir que no existan todavía algunos «irritados». Así, las reticencias del *Daily Telegraph* o la inoportuna impertinencia de *The Times*. Pero apenas merece ser recordado. El hecho está ahí. Las especulaciones sobre una gestión española para su ingreso en la O. T. A. N. fueron cortadas de entrada por el señor Castiella.

La entrevista con el Presidente Eisenhower se prolongó durante veinticinco minutos y en el curso de ella el señor Castiella hizo entrega de un mensaje del jefe del Estado español al Presidente. Luego de esta entrevista se celebró otra, más extensa, con el secretario de Estado, Herter.

#### EL INGRESO DE ESPAÑA EN LA O. E. C. E.

El mes de julio ha sido decisivo para España tanto en orden a su estabilización económica como al desarrollo de su política europea. El 20 de ese mes ingresó como miembro en la O. E. C. E. y días antes, el 12, salía de Madrid para los Estados Unidos el Ministro de Comercio, señor Ullastres.

Ambos hechos están directamente conectados. El viaje del titular de la cartera de Comercio tenía como finalidad dar los últimos toques y cerrar las negociaciones y acuerdos preparados con los órganos competentes de la Administración norteamericana y el Fondo Monetario Internacional, para el establecimiento de un fondo de estabilización de la economía española.

Con vistas a la aplicación de un plan de estabilización se habían venido desarrollando a lo largo de meses las diferentes negociaciones y estudios de la llamada «operación España», a la que han contribuido técnicos españoles e internacionales. Con este fin se trasladaron recientemente a Madrid el Presidente del Fondo, Jacobsson; el director del Banco de Exportación e Importación, Samuel Waugh; el Presidente del Acuerdo Monetario Europeo, von Mangoldt; y el secretario general de la O. E. C. E., Sarget; quienes en colaboración con los expertos españoles prepararon las grandes orientaciones de un plan que venía siendo objeto de estudio en España desde hacía tiempo. Ahora, el señor Ullastres ha ido a cerrar este proceso de laboriosa elaboración y dar por terminadas las negociaciones, en vísperas de pasar España a ser el 18 miembro de la O. E. C. E., para la constitución del fondo de estabilización. Los acuerdos definitivos fueron tomados en la reunión de gobernadores del Fondo Monetario Internacional el día 17 de julio.

Tres días después España se constituía en miembro de pleno derecho de la O. E. C. E. La información oficial facilitada con ese motivo detalla que con objeto de apoyar el programa español de estabilización, la O. E. C. E. había decidido otorgar un crédito de 100 millones de unidades de cuenta, equivalente a unos 100 millones de dólares, sobre los fondos del acuerdo monetario europeo.

España ha dado de este modo un paso decisivo en orden a la estabilización y liberalización de su economía y ha entrado plenamente dentro del cuadro de países que integran la Europa de la O. E. C. E. Es un proceso que ininterrumpidamente ha ido siguiendo su marcha desde que España pasó a ser miembro asociado de la Organización.

#### LA V CONFERENCIA DE CANCELLERES.

Los días del 12 al 18 de agosto se ha celebrado en Santiago de Chile la V Reunión de Consulta de Ministros de Asuntos Exteriores integrada por los de las 21 Repúblicas miembros de la O. E. A.

La anterior reunión de Cancilleres fué la celebrada en Washington en mayo-abril de 1951, y en ésta como en las otras tres que la habían precedido (Panamá, 1939, Habana, 1940, Río de Janeiro, 1942), los motivos que determinaron fuese convocado el órgano de consulta, fueron extracontinentales. Ahora, por el contrario, se trataba de examinar un problema nacido en América y que afectaba a aspectos políticos y jurídicos de especial importancia en la vida de relación interamericana. La V Reunión de Santiago de Chile, fué convocada con carácter de urgencia para examinar, a iniciativa de los Gobiernos de Brasil, Chile, Estados Unidos y Perú, el estado de inquietud creado desde hacía meses en la región del Caribe, y del que se había hecho cuestión sobre todo a partir de las quejas presentadas ante la O. E. A. por los Presidentes de la República Dominicana y de Nicaragua, por pretendidos intentos de invasión preparados y efectuados por elementos revolucionarios cubanos.

Se dirá que esta inquietud no constituye nada nuevo en aquel sector, sino que se trata de algo que sigue a los movimientos y alteraciones políticas de las Repúblicas centroamericanas y del Caribe como la sombra al cuerpo. Pero, sin embargo, se daba en el caso presente un conjunto de circunstancias que brinda a la cuestión un carácter de especial interés. El triunfo del movimiento revolucionario «26 de julio» que ha llevado al poder a Fidel Castro, ha sido seguido, en el interior de Cuba, por una acción política extremista, de signo revolucionario muy avanzado. Primero fueron las represalias y los espectaculares juicios seguidos de ejecuciones rodeadas de tan inconcebible publicidad que levantaron protestas en todo el mundo; luego, las medidas drásticas del gobierno que, como la reforma agraria, parecen más bien obedecer a

satisfacciones demagógicas que a exigencias económicas. En lo exterior, la acción revolucionaria se ha dirigido inmediatamente contra los regímenes dictatoriales de la zona: intentos de invasión de Panamá, Nicaragua, República Dominicana y Haití, para derribar a sus presidentes.

Este estado de cosas ha determinado la protesta de los Gobiernos dominicano y nicaragüense, para al propio tiempo el nuevo régimen cubano, con el apoyo del de Venezuela, ha buscado en la reunión chilena el escenario mejor para completar su ataque con el apoyo de las otras Repúblicas continentales, predispuestas en contra de los escasos regímenes de fuerza o no precisamente democráticos: Nicaragua, República Dominicana, Haití y Paraguay, que restan en el hemisferio.

Planteada así la cuestión, el clima de Santiago de Chile era necesariamente belicoso, y además afectaba muy directamente a una institución jurídica de fundamental importancia para los pueblos americanos: la no intervención.

Afortunadamente, destacó, en medio de los ataques de que se hicieron objeto los representantes cubano y dominicano, la nota moderada impuesta por aquellos países que adoptaron una constructiva postura conciliadora, sobre todo Chile y los Estados Unidos, estos últimos por boca del propio Herter, que voló con este objeto de Ginebra hasta la capital chilena.

El resultado más significativo fué la llamada «Declaración de Santiago» y la aprobación de la resolución que reactualiza el paralizado Comité interamericano para la paz. El sentido general de la V Reunión, ha sido, ciertamente, opuesto a los Gobiernos no democráticos, como lo ponen de manifiesto los ocho puntos contenidos en la Declaración, aunque no se hayan adoptado las medidas drásticas que proponían Cuba y Venezuela y que hubieran lesionado el principio de no intervención.

#### POLÍTICA EUROPEA.

Dentro del variado panorama que ofrece la política europea, sea en el ámbito nacional o en el de las instituciones europeas, queremos destacar algunos hechos de particular interés.

En primer lugar, la elección de nuevo Presidente de la República federal alemana. El resultado de la elección, efectuada el 1 de julio, determinó la designación, en segundo turno y por 526 votos, del candidato democristiano, Heinrich Lübke, quien deberá asumir su cargo el 15 de septiembre. De religión católica, economista por su formación, especialmente vocado a los problemas de índole agraria, Lübke inició su actividad política durante el período nacional-socialista, en 1931, como representante del partido católico en el *Landtag* prusiano. Después de la guerra fué nombrado Ministro de Agricultura en el Estado renano septentrional y en 1949, fué elegido para el primer *Bundestag* de la República, asumiendo poco después la presidencia del Comité de política agraria.

Su elección no ha sido una sorpresa y pese a haber sido precedida de una etapa de complicadas fricciones en el seno mismo de su partido, ha sido recibida con satisfacción en los medios políticos, incluso en los de la socialdemocracia.

El 25 de julio se reunieron en Bruselas los seis Ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad europea, quienes, además, como representantes de sus Gobiernos debían decidir la renovación de los Ministros de la Alta Autoridad de la C. E. C. A. En contra de la pretensión italiana, que quería la paridad con los dos países de mayor producción carbo-siderúrgica. Alemania y Francia, obteniendo dos representantes, ha quedado inalterada la composición del alto organismo de la Comunidad y conservado su número de ocho miembros. En cambio, ha sido nombrado Presidente de la Alta Autoridad, el nuevo representante italiano, Malvestiti.

Entre los asuntos que debían ser examinados por el Consejo de Ministros destaca la cuestión de la adhesión de Grecia a la C. E. E. Sabido es que el Gobierno de Atenas, en un principio más orientado hacia la zona de libre cambio, resolvió su aproximación al Mercado Común como consecuencia de ciertas dificultades surgidas en el campo más amplio de la zona (especialmente la exclusión de los productos agrí-

colas). El Consejo ha dado su aprobación de principio a la propuesta de Atenas, aunque quedan por resolver las particulares modalidades en que la adhesión griega deberá realizarse.

Dentro del marco de la Organización atlántica se ha llegado a la conclusión prevista en el asunto de la presencia en territorio francés de depósitos atómicos y que, como se recordará, ocasionó una grave disparidad entre Francia y los Estados Unidos. En efecto, el 8 de julio notificó al delegado norteamericano al Consejo permanente de la O. T. A. N. que los cazabombarderos situados en Francia serían trasladados a la Gran Bretaña y a Alemania occidental. Con independencia de la valoración estratégica de este cambio (alejamiento de los objetivos a cubrir por esos aparatos y concentración de fuerzas contraindicada por las exigencias de unos contingentes que buscan en la dispersión su mayor invulnerabilidad), es indudable que su efecto psicológico, sobre todo cuando Ginebra era escenario de una batalla dialéctica, es perjudicial en la misma medida en que pone al descubierto las discusiones internas de la O. T. A. N., tan fácilmente explotadas por la Unión Soviética. A ello hizo alusión sin rebozos el propio secretario general de la O. T. A. N., Spaak, en su discurso ante el Comité parlamentario francés de comercio, en París, el día 9 de julio.

#### DE LA CONFERENCIA DE TANANARIVE A LA DE MONROVIA.

Los días 7 y 8 de julio se ha celebrado en Tananarive la IV reunión del Consejo ejecutivo de la Comunidad franco-africana. Bajo la presidencia del General De Gaulle, los primeros Ministros de los Estados asociados se han encontrado en la capital de Madagascar con una destacada representación francesa, en la que los elementos de más relieve eran el Presidente del Consejo, Debré, y el Ministro de Asuntos Exteriores, Couve de Murville. Desde la primera reunión de este Consejo Ejecutivo, en febrero de 1959, existe planteada la necesidad de precisar con nitidez los lazos que han de unir a las trece Repúblicas de la Comunidad, o lo que es lo mismo, de precisar su naturaleza jurídico-política. No es fácil empresa por la misma vaga e imprecisa postura del Presidente De Gaulle, sin duda determinada por el cuidado de no indisponer a la incipiente política comunitaria de París con importantes sectores africanos, siempre permeables a las solicitaciones independentistas que se dejan sentir en los países del África excolonial. Los que quieren la fórmula confederal, encabezados por Sédar Senghor, que ha sabido unir a su causa los Estados del Sudán y el Senegal, reunidos en la Federación de Mali, no son extraños a una influencia nacionalista, que pretende inspirarse en el ejemplo de la Mancomunidad británica. Frente a ellos los partidarios del *statu quo*, entre los que se cuentan varios Estados exmiembros del África occidental francesa, tales como Costa de Marfil, Dahomey y Niger.

En esta situación, Francia ha expuesto su idea, y sus consiguientes derivaciones, de una representación exterior única de la República francesa y de la Comunidad. Idea que ciertamente puede tener aspectos beneficiosos para los Estados comunitarios africanos, pero que también suscita recelos, sobre todo por la repercusión que un *pool* diplomático de esta índole puede tener en las relaciones limitadas en su libertad, de los Gobiernos con los otros países africanos.

No sólo se encuentra Francia en África con dificultades que surgen del seno mismo de la original Comunidad que trata de poner en marcha, sino también de las que proceden del sector independiente, en clara coalición antifrancesa. A escasos días de distancia de la reunión de Tananarive se celebró en la proximidad de Monrovia, en Sanniquellie, del 15 al 19, una Conferencia de los jefes de Estado de Liberia, Guinea y Ghana. Su finalidad era la de preparar un frente común y activo antifrancés, pese a la inclinación moderada de Liberia, en vísperas de la más amplia Conferencia de Monrovia, reunida del 4 al 8 de agosto, y en la que además de estos tres protagonistas de la coalición han estado presentes Etiopía, Libia, Marruecos, la RAU, Sudán, Túnez y el Gobierno argelino en el exilio. Dentro de este grupo de países la posición moderada es la presentada por Liberia y Etiopía, frente a otra extremista capitaneada por la RAU, que por cierto ha dominado en las sesiones.

Con independencia de otras repercusiones que podrían señalarse esto es causa para Francia de especial preocupación por la proximidad de la XIV Asamblea General de la O.N.U., donde la polémica sobre la cuestión argelina va a presentarse con virulencia. No otra cosa anuncia la resolución aprobada en Monrovia sobre Argelia, cuyo Gobierno en el exilio ha sido, por cierto, reconocido por la República de Guinea en el curso de la Conferencia.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

